

## LA LITURGIA EN EL PLANTEAMIENTO Y COMPOSICION DEL TEMPLO MODERNO

Por **Luis Mayo Blanco**

El objeto de esta conferencia es «La Liturgia en el planteamiento y composición del Templo moderno». En cualquier edificio que hacemos, tenemos el programa propio de cada caso para saber cuáles son las necesidades que han de ser satisfechas. Del mismo modo, al hacer una Iglesia tenemos las reglas y normas litúrgicas. Sucede, sin embargo, no sólo en España, sino en otros países, que el tema más deseado por el Arquitecto, es el Templo, por considerar que es aquello en que más libremente puede explayar su fantasía, entendiendo esta frase en el sentido romántico de hace algunos años. De este equivocado concepto de libertad, que sólo se aplica a la construcción de iglesias, pero no a las casas, cines, oficinas o talleres, nacen grandes perjuicios, como explica el excelente artículo del Prelado brasileño Monse-

ñor Nabuco, publicado en la revista mejicana «Arquitectura y lo demás», de junio de 1945, titulado «Iglesias para nuestro tiempo»:

«Se hacen los planos y se aceptan, y surge a poco la construcción y con ella defectos no previstos. Es que pocos Arquitectos son liturgistas y pocos sacerdotes son arquitectos; muchas de las mil y una cosas que la Arquitectura y la liturgia exigen, se les escapan a unos y a otros. Ni se puede esperar que todo Arquitecto sea liturgista, para conocer las leyes que la liturgia le impone; ni que todo Sacerdote sea Arquitecto; ni que todo Arquitecto sea médico, si se tratara de construir un hospital. Existen leyes litúrgicas y leyes del arte sagrado; de todas ellas mencionaremos algunas, cuya observancia nos parece más urgente.

»Pero el Arquitecto que trace su plano, sin estudiar antes seriamente las múltiples leyes litúrgicas, cometerá, sin duda, graves errores, muchas veces irremediables; pero una vez escogido, es preciso que él comience y termine no sólo el edificio en sus líneas arquitectónicas, sino en todos sus detalles, previendo y haciendo él mismo la planta de todos los muebles, accesorios y decoración.

»¡Cuántas veces el mobiliario y la decoración arruinan por completo un bello edificio!»

Estas palabras nos dicen también a cuánto llegan las obligaciones del Arquitecto.

El tema de la conferencia se desarrollará como un diálogo entre la liturgia y la Arquitectura. Aquella planteará los problemas, y a ésta corresponderá responder con soluciones.

Empezaremos por definir lo que es el Templo Cristiano. El Cardenal Gomá, en su importantísima obra «El Valor Educativo de la Liturgia Católica», de 1940, acomete la cuestión con estas palabras (pág. 376):

«El hombre explica el enigma del mundo; éste fué profanado por el pecado del hombre; continúa siéndolo todavía.» «Cuando el hombre ha querido congraciarse con la Divinidad, ha tenido que acotar un pedazo de tierra, y aislar una porción de espacio y santificarlo y dedicárselo a Dios, y decir, como Jacob: «Aquí está la casa de Dios...» «Esta piedra que levanté se llamará casa de Dios.» Y sigue explicando cómo el primer templo Cristiano fué el Cenáculo, que Cristo eligió definiéndolo como un «Cenáculo grande, bien dorado».

Y sigue diciendo que el Templo Cristiano (pág. 377) «No es como los templos de la antigüedad pagana, un monumento le-



vantado a un dios.» «Del concepto y del simbolismo del templo cristiano no puede excluirse la noción de la intervención del pueblo en las cosas de Dios y viceversa.» «Presidió su construcción la idea de que se levantaba la **Casa de Dios**, pero que se construía asimismo la **Casa del pueblo cristiano, Domus Ecclesiae**, como se llamaron antiguamente nuestros Templos.»

«Ecclesia» es palabra griega que significa reunión o asamblea. De aquí se obtienen dos respuestas que puede dar la Arquitectura, según se quiera dar preferencia a la expresión «Casa de Dios», o que la dé a la palabra «Iglesia» o asamblea. En el primer caso, las palabras con que empieza el Introito de la Misa común de la Dedicación de una Iglesia, nos dicen que nada será bastante solemne y grandioso para el fin que se propone el Arquitecto: «Terrible es este lugar. Esta es la casa de Dios y la puerta del Cielo, y se debe llamar el palacio de Dios.» (Gen. 28-17). A esta idea parece que corresponden algunas catedrales góticas muy estrechas y largas, donde una larga serie de tramos conduce a un ábside esplendoroso en cuyo centro está el Altar, como un trono. En el segundo caso, la Iglesia debe parecerse a un salón, donde la asamblea de los fieles, presidida por el Altar, vea y oiga lo que se desarrolla ante el Altar y el púlpito y responda con las oraciones litúrgicas, tomando parte en el culto.

Aunque no hay disposiciones litúrgicas que definan la forma del Templo directamente, se encuentran, en cambio, muchas que se exponen a continuación, que de modo indirecto concretan la solución mejor, la cual será la consecuencia final de ellas.

Empezaremos la exposición de normas litúrgicas por lo que se refieren al emplazamiento del Templo. Seguirá lo referente al Altar y Presbiterio, a continuación los elementos de relación entre el Altar y el lugar propio de los fieles, o sea la Nave; después ésta y lo referente a los Sacramentos del Bautismo y Penitencia, que se administran fuera del Altar, y finalmente los lugares anejos al Culto.

## EMPLAZAMIENTO DEL TEMPLO

Con su elección empiezan las responsabilidades del Arquitecto, como se verá por lo que dice el P. Fernando Roig, en las «Normas Eclesiásticas sobre Arte Sagrado»:

«El lugar y la forma del Templo, según la tradición cristiana y las normas del arte, se escogerán con el consejo del Arquitecto.

No se procederá a la erección del edificio sin el permiso, por escrito, del Ordinario (can. 1.162); quien, personalmente o por delegación, bendecirá solemnemente la primera piedra (can. 1.163). Si el Templo perteneciera a una comunidad exenta, puede bendecirla el superior.

»A ser posible, el ábside se orientará como nos señala la más antigua tradición, de manera que la puerta principal mire a Poniente; y, en cuanto el espacio lo permita, el templo formará un edificio aislado, sin que sus muros vengán a sostener otras construcciones.

»La forma de conjunto depende, en gran parte, del ambiente en donde se erija, de la latitud, del lugar, de la urbanización circundante, de los edificios adyacentes... El estilo es cosa del Arquitecto (al final damos un apéndice sobre el estilo litúrgico). Una cruz visible desde la fachada indicará la destinación sagrada del edificio.

»Siempre que sea posible, procúrese aislar el templo con una urbanización decorativa de árboles y plantas que hagan resaltar su dignidad.

»Sobre la Iglesia o bajo su pavimento no puede haber estancias destinadas a usos meramente profanos, viviendas, almacenes, tiendas... (can. 1.164,2), ni teatro para divertir a los niños del catecismo (S. C. de R., decr. 3.157, 3.546).

»Según la forma tradicional, el pavimento debe estar en un plano elevado respecto al nivel de la calle; desde la cual no se entrará directamente, sino mediante un atrio. En el pavimento no se representarán cruces ni otros motivos sagrados.»

## EL ALTAR

Aunque la exposición detallada de cuanto se refiere al Altar retrasa el momento de exponer lo que se refiere a la forma arquitectónica del conjunto del Templo, es necesario hacerlo, y más teniendo en cuenta que ésta es una exposición de un tema en que no puede seguirse el curso normal de un proyecto, donde se va del conjunto a los detalles, porque aquí el Altar no es ningún detalle, y por considerarlo frecuentemente como tal, ha ocurrido lo que expone Mons. Nabuco, en las palabras que siguen:

«La importancia del Altar proviene del valor propio del sacrificio eucarístico que en él se ofrece. De algunos siglos a esta parte, principalmente después de los estilos llamados renacimiento



y barroco, el Altar ha pasado por tristes evoluciones. Perdiéndose de vista la santidad de la mesa del sacrificio, se pasó ésta al tercer plano, y se transformaron los Altares en enormes retablos; algunos casi llegaban hasta tocar el techo de las Iglesias, y llenos o más atiborrados, de estatuas de Santos de todos los tamaños, de candeleros y floreros sin número, desapareciendo casi por completo la mesa, reducida a un simple pedestal.

»A algunos Arquitectos les pareció interesante, principalmente en Iglesias góticas, hacer del Altar una miniatura de la Iglesia con tejado, soportes, columnas, nichos; todo cuanto veían, dentro o fuera de la Iglesia, era acumulado sobre el Altar. La catedral gótica de Nueva York posee un Altar monumental más o menos de ese género, todo de piedra labrada, que costó muy cara. El nuevo Arzobispo acaba de aprobar la planta para un simple Altar. Mesa con cimborrio que ya se está construyendo y que va a mejorar, ciento por ciento, el edificio.

»Se habían desviado mucho de la impotente sencillez del Rito Romano, del noble ideal de las antiguas Basílicas que aún hoy se ven en Roma en toda su majestuosa sencillez. Distaban mucho del rito solemne de la Consagración de los Altares del Pontifical Romano, para el cual, sólo la mesa existe. Estaban aún más lejos de las rúbricas del Ceremonial de los Obispos, que sólo permite seis candeleros en el Altar, y siete si el celebrante fuere el Ordinario.

»No se hacía ningún caso de las rúbricas del Misal Romano y del Ceremonial de los Obispos que prescriben un crucifijo en el Altar, que sea bien visible, y muestre a todos que allí se renueva el sacrificio de la Cruz. El crucifijo, reducido a proporciones casi imperceptibles, cederá su lugar y quedará arrimado al pie de una imagen. Uno de los objetivos del movimiento litúrgico, y no de los menos importantes, es hacer que el Altar vuelva a ocupar el lugar que durante siglos fué pacíficamente el suyo, y que todas las rúbricas siguen atribuyéndole.

»El Altar, cuanto más simple, mejor, principalmente por que según las rúbricas (tan despreciadas), debe estar vestido con mantel (de lino) por encima y por los lados, y con un antependio o frontal, por delante, según el color del día. Por detrás, una cortina será siempre una de las mejores soluciones.»

Del P. Ferrando se toman las normas que siguen:

«El Altar Mayor reposará sobre algunas gradas (Cerm. ap. lib. I, cap. XII, 16). La grada superior debe tener una profun-

didad suficiente que permita hacer cómodamente la genuflexión sin sacar el pie (S. C. de R., decr. 1.265).

»Deberá ocupar el lugar más visible desde todos los puntos del Templo; de manera que las partes del Templo se orienten a él. En las plantas en forma de cruz, el lugar más a propósito será en la intersección de las naves. En otras plantas estará en el ábside, sin arrimarlo a la pared del fondo, a fin de darle más relieve, y no dificultar la ceremonia de la Consagración.

»En las Iglesias donde, según la forma tradicional, el coro está en el ábside, el Altar puede orientarse de cara al coro o de cara a los fieles con la cruz vuelta siempre de cara al Sacerdote. Las dos maneras son tradicionales y subsistentes; sin que la Iglesia haya dictado norma alguna de preferencia.

»Para el apto desenvolvimiento de las funciones de culto en días de solemnidad se requiere una mesa de unos tres metros de longitud con 0,70 metros de fondo, por lo menos. Pero una medida mayor será siempre a propósito en los templos grandes.

»El Altar Mayor de cada Iglesia debe ser fijo, o, por lo menos, a manera de fijo, construido sólidamente en piedra o en muro y con el ara sacra ajustada sobre la mesa (S. C. de R., decr. 31 feb. 1897).»

Sobre los Altares hay normas muy detalladas que interesan al Arquitecto, pues de ellas depende la forma y materiales del mismo. Dice el P. Ferrando:

«El Derecho canónico distingue dos clases de Altar: el Altar fijo o mesa de una sola pieza, que forma un todo con la base y es consagrado conjuntamente con ella, y el **ara portátil** o piedra sacra, que se consagra independientemente de su base y de la cual puede estar separada (Can. 1.197).

Para que un Altar pueda consagrarse, la mesa debe ser de piedra natural, monolita, no frágil; también de piedra la base, o por lo menos, sus lados o columnas que sostengan la mesa; la mesa y la base, además, deben estar yuxtapuestas y unidas de manera que formen un todo (Cans. 1.197 y 1.198).

No es consagrable un Altar en cemento armado—a no ser que un futuro decreto lo permita, como se hizo con el Templo—, pues el D. C. lo prescribe de piedra natural. Tampoco de metal u otras materias, aunque fueran más sólidas que la piedra; porque la piedra está prescrita ya por razón de su solidez, ya de su simbolismo.

Tampoco puede consagrarse el Altar cuya base, formada por



placas de mármol, está interiormente vacía; a no ser que se construya completamente cerrada (S. C. de R., año 1890).

Es consagrable el Altar cuya base esté formada por un robusto pilar central, o cuatro columnas en piedra, resistentes, pero sin capiteles de metal; a no ser que éstos formen sólo un adorno exterior que permita la unión directa del fuste con la mesa (S. C. de R., de cr. 4.073).

Cuando no haya posibilidad de encontrar una pieza monolita para la mesa, será lícito servirse de una pieza de más de un metro, colocada sobre la base y prolongando sus extremos con otras dos. La parte consagrada, en este caso, será sólo la del centro, y en donde únicamente se practicarán las unciones de la consagración (S. C. de R., de cr. 3.797).

En la mesa o en la base debe practicarse una cavidad para recluir las reliquias, la cual deberá cerrarse, al consagrarse el Altar, con una pequeña placa de piedra de unos dos centímetros de espesor.

El pequeño sepulcro donde se recluyen las reliquias debe estar en la parte superior del ara, no en el canto (S. C. de R., de cr. 3 junio 1893). Son reprobables las de piedra por una parte y de madera por otra, con las reliquias en medio (S. C. de R., de cr. 31 agosto 1867).

Respecto del Sagrario, dice Mons. Nabuco:

«El **Tabernáculo** o Sagrario, por su importancia, debe ser una pieza libre e independiente, toda cubierta alrededor con su copeo, de hechura preciosa y del color del día. Es un abuso encajar el tabernáculo en el retablo del Altar, donde desaparece, y más aún, hacer que sirva como pedestal para colocar estatuas. En Estados Unidos se fabrican hoy día, tabernáculos con puerta corrediza, que además de ajustar fielmente a todas las prescripciones litúrgicas, son cofres fuertes, que evitan posibles violaciones sacrílegas.

«Como el Sacramento sólo puede ser conservado en un Altar, se ve cuan errada es la costumbre moderna, tan generalizada, de poner tabernáculos en todos los Altares. Sin embargo, como en la Semana Santa o en determinadas ocasiones extraordinarias es necesario poner el Santísimo en un Altar lateral. Un tabernáculo portátil, para usarse cuando sea necesario, resuelve muy bien el problema.»

Más detalles pueden obtenerse de la obra del P. Ferrando:

«El Altar destinado a la reserva de la Eucaristía será ordina-

riamente uno sólo (Can. 1.268, 1) el principal y más adornado de la Iglesia; por lo cual, será generalmente el Altar Mayor (Can. 1.268, 2); a no ser que para mayor culto a la Eucaristía, sea preferible otro Altar. Allí donde las funciones de coro tengan lugar en el Altar Mayor, será más oportuno reservar la Eucaristía en otro (Can. 1.268, 3. Cerem. ep. I, XII, 8). Siempre, pero, sea el Altar de la Eucaristía el que más atraiga por su suntuosidad y recogimiento, la devoción de los fieles (Can. 1.268, 4).

»Haya en el Altar del Sacramento una lámpara colocada a la altura del Sagrario, delante y dentro del recinto del Altar (Rit. rom. IV, I, 6. S. C. de R., decr. 2.033); no sobre la mesa o sobre las graditas (Decr. 2.613).

»El Tabernáculo o Sagrario para la reserva de la Eucaristía sea artísticamente construido, sólidamente cerrado y adornado decentemente (Can. 1.269, 1, 2. Rit. rom. IV, I, 5). Debe procurarse que la puerta del Sagrario esté algo elevada para que no quede oculta detrás de la tabla de las secretas (S. C. de R., decr. 4.165).

»No hay materia prescrita para la construcción del Sagrario.

»Lo importante es que sea de materia sólida y esté inamovible en medio del Altar (Rit. rom. IV, I, 5). En su interior deberá haber un corporal y puédese, a voluntad, revestirse con sedas. La cortinilla detrás de la puerta no es necesaria (S. C. de R., deers. 3.709, 3.150). Bien cerrado bajo llave. Acerca de otros sistemas modernos de cerradura consúltese el Ordinario (S. C. de R., decr. 3.987).

»Está permitido colocar sobre el tabernáculo la cruz del Altar; pero no imágenes, ni jarros de flores, ni candeleros, ni otra cosa alguna. Estará cubierto completamente por el conopeo o velo del Sagrario; cuya obligación urge siempre, inclusive cuando el Sagrario es de valor artístico o de material precioso. A veces, por razón de su complicada arquitectura, no será cosa fácil colocar el conopeo; lo cual deberá tenerse presente en la construcción de nuevos Sagrarios.

»No es lícito sustituir el conopeo por una «tabula picta», o por una cortina bordada, o por una oleografía, colocadas delante de la puerta (S. C. de R., decr. año 1898). El conopeo indica la presencia de la Eucaristía y, por lo tanto, debe retirarse cuando no haya reserva.»

Sigue el mismo autor, con las disposiciones referentes al Crucifijo:



«Para la celebración del Santo Sacrificio debe haber un crucifijo en medio del Altar, entre los candeleros, «elevado de manera que el pie de la cruz llegue a la medida de los candeleros vecinos, y toda la cruz esté por encima de ellos, con la imagen del crucifijo vuelta al interior del Altar» (Cerm. ep. I, XII, 11). El texto, pues, es muy explícito. No hay medida exacta, fuera de que sea cómoda y fácilmente visible de los fieles (Benedicto XIV: *Accepimus* 1746). En la visita pastoral de Roma, año 1904, se mandaron retirar los crucifijos, que no llegarán a la medida de 40 por 22 centímetros; exigiendo una medida mayor en los Altares principales, y recomendando al mismo tiempo que el crucifijo «no esté de manera que aparezca como cosa secundaria, como un adorno, siendo el objeto principal del culto; que sea visible por el celebrante y por los fieles, y, por lo tanto—concluida la circular—, que se retire todo aquello (cuadros, tablas, relicarios, estatuas...) que dificulte el cumplimiento de estas prescripciones». Las rúbricas, ecos del dogma, son muy exigentes en este punto. Un crucifijo pequeño es un «abusum reprobandum» (S. C. de R., decr. 1.270).

«No es preciso el crucifijo en el Altar cuando es la imagen principal del retablo. Tampoco es necesario que esté sobre el Altar, pudiendo surgir detrás de él o colocarse en la pared del fondo (S. C. de R., decr. 2.621, ad 7).»

Sobre el conopeo, que en griego significa propiamente mosquitera, debe cubrir el Sagrario, sin que baste una cortina delante de la puerta.

«Para el conopeo no está determinado tejido alguno, pero en lo posible será de seda u otro tejido precioso (S. C. de R., decr. 3.035), aunque también puede ser de lana, lino o algodón... Debe ser de igual color al del oficio del día, o bien blanco (S. C. de R., decr. 3.035). Para la exposición del Santísimo **extra missam**, será blanco; para el oficio de **requie**, violeta.

«El conopeo es obligatorio aun cuando el tabernáculo sea precioso por su materia o decoración (véase el núm. 33).»

Las normas sobre los Manteles y el Antependio son, según el mismo autor:

«El uso de manteles es antiquísimo. Las primeras representaciones monumentales son del siglo IV. Para celebrar la Santa Misa, los manteles deben ser en número de tres (Rubr. gen. miss XX). El superior será lo suficientemente largo para cubrir los lados del Altar hasta el suelo o poco menos (Cerem. ep. I,

XII, 11. S. C. de R., de cr. 4.029, ad. 1). En la vista pastoral de Roma (año 1904) se toleraron los manteles más cortos en los Altares sostenidos por columnas.

»Está prescrito el antependio, llamado palio o palia en los libros oficiales, para cubrir y ornar la parte anterior del Altar; debiendo ser del color del día o conveniente a éste (Rubr. gen. miss XX. Cerem. ep. I, XII, 11). El ceremonial lo recomienda de metal precioso o de seda. La Arqueología cristiana nos lo conserva de materia varia; en metal, madera pintada o labrada, cuero repujado, ricos tejidos..., aunque el nombre pallium sugiere como más propio el tejido.

»No está permitido sustituir el antependio por una pieza de tejido más breve que cubra sólo el centro de la parte anterior del Altar (S. C. de R., de cr. 4.000, ad. 2).

»No se comprende por qué haya en muchos sitios tanta resistencia en admitir el antependio, ni en los días de solemnidad. Ornamento usado ciertamente en los siglos VI-VII; generalizado en toda la Edad Media, pero cuyo uso, desde el siglo XVII, tiende más bien a restringirse, a pesar de las prescripciones concretas.»

De aquí deducimos los Arquitectos consecuencias muy importantes. No basta proyectar el Altar como un ara separada del muro del fondo del ábside y con su Sagrario detrás y encima del plano de dicha Mesa. Es preciso, además, que la forma del Sagrario permita la colocación del conopeo, y que en el Altar puedan colocarse los manteles colgando a los lados, y el antependio delante y que éste pueda cambiarse con facilidad para seguir el color del día. Además, es preciso dejar resuelto el problema de la colocación del crucifijo conforme a las normas litúrgicas, y finalmente, han de poderse colocar los candeleros y las secretas y sacras según las normas que el P. Ferrando expone de este modo:

»Los candeleros pueden estar sobre el Altar o sobre los gradines, pero fuera ~~no~~ del Altar (S. C. de R., de cr. 3.137). En número de seis en las misas solemnes; no iguales entre sí, sino formando gradación de manera que los dos más altos estén junto al Crucifijo (Cerem. ep. I, XII, 11). En la misa privada debe haber dos, por lo menos (Rubr. gen. Mis. XX).

»Sean de materia noble, metal precioso, bronce dorado... (Cerem. ep. I, XII, 11). Aunque no siempre sea posible atender a la preciosidad que reclama el Ceremonial para el Altar donde



celebra el Obispo, procúrese que sean siempre de metal noble en el Altar Mayor.

»Está precrito el cuadro de las secretas en medio del Altar al pie del Crucifijo (Rub. gen. Mis. XX) de modo, pero que no oculte la puerta del Sagrario (S. C. de R., decr. 4.165), lo cual se podrá obtener construyéndolo en un plano algo elevado respecto de la mesa. Las dos sacras laterales, aunque generalizadas por el uso, no están prescritas.»

Sobre el Baldaquino hay serias disposiciones que se suelen olvidar, y que el P. Ferrando expone así:

»Por lo menos en el Altar Mayor debe haber el baldaquino, de forma cuadrada, que cubra el Altar y las gradas (Cerem. ep. I, XII, 13). El baldaquino está suspendido en la pared de fondo o en el techo, columbrando el Altar para darle más relieve; otras veces se apoya sobre cuatro columnas, en cuyo caso recibe más bien el nombre de **ciborio**. Acerca de la obligación del baldaquino o del ciborio ha insistido repetidamente la S. C. de Ritos (Decrs. 1966, 2.912).

»En los días de solemnidad deberían colgar del baldaquino, según la antigua costumbre, paños o cortinas convenientes al color del día, y a los que hace alusión reiteradamente el **Liber Pontificalis**.

»Cuando en el Altar se cumple la norma del baldaquino, no hay necesidad de otro para la exposición del Santísimo (S. C. de R., decr. 4.268). En caso contrario conviene colocar otro, movable o fijo. El baldaquino movable deberá retirarse inmediatamente después de terminada la exposición (S. C. R., decr. 4.268, ad. 4). El baldaquino fijo puede construirse sobre las gradillas, o mejor, detrás del Altar, mientras no esté muy separado, sino que forme unidad con él (S. C. de R., decr. 2.468 ad 5). Es aconsejable el baldaquino fijo cuando no quede espacio apto para colocar el crucifijo, pues no está permitido colocarlo bajo el baldaquino de la exposición (S. C. de R., decr. 4.136).»

Para concluir con lo referente al Altar, es preciso tomar del mismo autor lo que sigue:

### CORTINAS DEL ALTAR

Antiguamente era cosa general adornar los lados del Altar con cortinas para hacerlo resaltar y darle más recogimiento. Por lo general estas cortinas colgaban del mismo baldaquino. Algunos

liturgistas han creído que servían para velar el Altar durante la Consagración, directa con la disciplina del arcano. No consta nada de estas fantasías, por lo menos en la Iglesia de Occidente. Los **Ordines romani**, en tiempo de los cuales se usaban estos velos y que describen todas las ceremonias de la Misa, no hablan para nada de velar el Altar durante el canon.

Las cortinas del Altar no están prescritas, si bien son muy útiles, por lo menos en días de mayor solemnidad, para darle más esplendor. Pueden ser del color del día o conveniente a él. En las misas de difuntos pueden ser negras.

## FLORES

El Altar puede adornarse con flores puestas en jarros y distribuidas moderadamente sobre los candeleros del Altar (Cerem. I, XII, 12). No pueden estar delante de la puerta del Sagrario o sobre éste (S. C. de R., decr. 22, jun. 1761).

## CREDENCIA

Esta debe estar cerca del Altar, al lado de la epístola, cubierta en su gran parte con un mantel blanco (Misal, Ritus celebr. II, 5. Cerem. ep. I, XII, 19).

La forma y medida de la credencia no está determinada, pero, por lo menos, en los días solemnes, no será una simple repisa u hornacina, sino una mesa suficiente para los varios objetos que precisan.

Hasta ahora no se ha tratado de la Imagen o Imágenes del Altar. Sobre este punto dice lo siguiente Mons. Nabuco:

«La Imagen del titular de la Iglesia, de acuerdo con la mejor tradición, debe ser colocada a la entrada de la Iglesia, o en un nicho en la fachada principal, y no en el Altar Mayor. Es casi imposible poner en el Altar Mayor tres cosas importantes y centrales: el tabernáculo, el Crucifijo y la Imagen del titular. Las iglesias romanas (con pocas excepciones) han sido fieles a la observancia de esta regla, y en ellas no se ven estatuas en el Altar Mayor. Para las capillas laterales, la regla es otra y cada una la tendrá detrás del Altar, si es posible en tela o mosaico, o en un nicho embutido en la pared, o que también podrá ser practicado en el Altar Mayor de las pequeñas capillas.»



Con estas palabras de Mons. Nabuco terminamos lo referente al Altar, que se comenzó con otras del mismo autor sobre la relación entre el Altar y el retablo, tan poco conforme en la práctica general con las normas litúrgicas.

Puede observarse que el proyectar un Altar es un problema nuevo, pues no encontramos modelos en que se cumplan todas estas disposiciones por completo. No puede haber con esto la disculpa de que condiciones externas impidan el cumplimiento de las normas, como es el caso del emplazamiento de la Iglesia, que rara vez puede ser elegido libremente con las condiciones necesarias para cumplir estrictamente lo ordenado. Aquí se trata, en el caso de un proyecto de nueva planta, sea en una Iglesia proyectada por el mismo Arquitecto, sea en un ábside vacío de una Iglesia vieja, de hacer una obra totalmente nueva en la que las condiciones económicas, por estrechas que sean, no puedan ser obstáculo para cumplir las normas, pues más bien incitan a soluciones muy económicas al pedir que el Sagrario y el Ara sean de formas sencillas para poder recibir el Conopeo, los Manteles y el Antependio, que se emplee el Baldaquino, siempre más económico que un Retablo, que no sea necesaria ninguna Imagen, y otras disposiciones semejantes, que indica el P. Ferrando:

«El lugar de las Imágenes no es el de la cruz, entre los candeleros o sobre el Altar; tampoco debajo del baldaquino, construido para la exposición de la Eucaristía. Deben colocarse detrás o al lado del Altar sobre pedestales o en hornacinas. En el Altar de la exposición no puede estar expuesta ninguna imagen.»

## EL PRESBITERIO O CAPILLA MAYOR

El Altar estará en medio del Presbiterio. Según Mons Nabuco:

«La Capilla Mayor es parte tan importante de una Iglesia, como el Clero que está destinado a contener. Es además santuario o presbiterio, pero el lugar consagrado particularmente por el Altar y ocupado por los presbiterios. Las múltiples ceremonias del Rito Romano, exigen una Capilla mayor bien grande, en cualquier Parroquia, y mayor aún si se trata de una Catedral. Desgraciadamente uno de los grandes errores de todas, o casi todas las Iglesias antiguas del Brasil, y muchas de las modernas, es el tamaño mínimo de la Capilla Mayor, que mal permite la celebración de una simple Misa cantada, sin hablar de otras funcio-

nes más complicadas como las de Semana Santa, que resultan casi imposibles.

»La Capilla Mayor debe ser bien distinta del cuerpo de la Iglesia levantada por dos o tres gradas sobre el nivel de la nave y separada por ella por gradas alrededor. La separación del Clero y los Seglares es de origen divino, y es voluntad positiva de la Iglesia, que el Clero tenga lugar reservado en las Iglesias, separado de los fieles, razón por la cual, nuestro Concilio prohíbe la permanencia de Seglares en coro o presbiterio durante las funciones sagradas.

»La Iglesia debe construirse de tal manera, que la Capilla Mayor no tenga que servir, como acontece a menudo, de pasaje para uno u otro lado de la Iglesia, ni aún para el Clero.

»Se podría comparar a una Iglesia, cuya Capilla Mayor sirve de pasaje, con un hospital cuya sala de operaciones está situada de modo que haya que servir de pasaje de un lado para otro del hospital. Para nosotros las funciones litúrgicas son tan importantes como las operaciones quirúrgicas para un hospital.»

En el Presbiterio estará el Banco para los Ministros, del que dice el P. Ferrando:

«Para que los ministros puedan sentarse en las Misas solemnes se requiere, al lado de la epístola, un banco cubierto con un paño rojo o de otro color conveniente a la fiesta del día (Cerem. ep. I, XII, 22). La S. C. de Ritos ordenó en 1908, ratificando cuatro decretos anteriores, que no podían tolerarse, en sustitución del banco, sillas o sillones domésticos.

»Este **scamnum** puede, o no, llevar respaldo, pero sin brazos. Además, es permitido, cuando las circunstancias no aconsejan otra cosa, usar simples taburetes en vez del banco, cubiertos con el paño (ef. el comentario al decr. 2.631).»

## PRESBITERIO Y CORO

Sobre la relación entre Presbiterio y coro, dice el mismo autor:

«Una constante tradición ha conservado en muchos sitios la antigua forma del ábside semicircular, con la sillería del Coro adaptada al semicírculo y el Altar delante, entre los cantores y el pueblo.

»Conviene que el Presbiterio esté en un plano algo elevado respecto al de la nave; de la cual debe estar separado por un



cancel con puertas practicables. Podrá estar iluminado por aberturas en el ábside no practicadas en el fondo, detrás del Altar, para evitar que éste quede a contraluz, sino en los lados, pequeñas y poco transparentes, a fin de que, en las horas de Culto, los rayos del Sol no den de lleno sobre el Altar.

»No es decente que en el Presbiterio haya bancos o armarios para guardar utensilios del Culto, ni mucho menos objetos insertables o de limpieza.

»Otra tradición que comienza en las Iglesias destinadas a comunidades monásticas, situó, por necesidad de un mayor espacio, el coro en la nave central. Esta solución, aconsejable en los Templos erigidos para el uso litúrgico de una comunidad religiosa, no lo es en las Parroquias y demás Iglesias dedicadas al uso litúrgico de los simples fieles.»

Sobre el adorno del Presbiterio, añade:

»El Presbiterio, en las grandes solemnidades, deberá adornarse según las normas del Ceremonial y la más remota tradición, con lámparas y tapices o colgaduras (Cerem. ep. I, XII, 16-19). No está disconforme con las reglas litúrgicas el adornar el Presbiterio con algunas plantas; pero no puede decirse lo mismo de ese cúmulo de follaje y guirnaldas con que algunas veces se adorna el Altar y los canceles del Presbiterio con espíritu folklórico.

»En los días más solemnes deberán cubrirse las gradas del Altar (la grada superior por lo menos) con una alfombra de color; el ceremonial sugiere el color verde (I, XII, 16). Conviene recordar aquí lo que hemos dicho del pavimento; evítense en las alfombras las representaciones de imágenes o símbolos religiosos.»

El límite del Presbiterio es el Comulgatorio, del que dice Mons. Nabuco:

»**El Comulgatorio** será la separación entre la nave y la Capilla Mayor, pero será bajo y ancho, de no más de 80 cm. de alto, ni de más de 30 de ancho. Una simple grada de hierro no sirve para Comulgatorio, siendo este natural complemento del Altar. Para llegarse al Comulgatorio sólo habrá una grada, a fin de que los fieles no tengan que subir y bajar los escalones, con peligro de caer cuando van a arrodillarse para comulgar.

## PREDICACION Y CANTO LITURGICO

Como principales elementos de relación de los fieles con el Culto sagrado, corresponde tratar ahora de ellos, después de haber terminado con lo referente al Altar y Capilla Mayor. Dice sobre esta materia Mons. Nabuco:

«La predicación de la palabra de Dios sigue en importancia a la acción litúrgica. La idea original era que el Obispo, el principal predicador de la Diócesis, predicase sentado en su trono, sede de autoridad y de doctrina. La cátedra episcopal estaba colocada de modo que el Obispo pudiese ser visto y oído. A los lados de la Capilla Mayor, había dos ambores (púlpitos) donde los Ministros leían, vueltos hacia los fieles, las lecciones sagradas de la Misa, la epístola de un lado, el Evangelio del otro. Cuando, otros, además del Obispo, catequizaban a los fieles, también se servían de estos ambores. El ceremonial de los Obispos supone que los hay y ya están siendo de nuevo introducidos con mucha ventaja, en diversas Iglesias modernas.

»La idea de un púlpito alto en medio de la Iglesia, que obligue a los fieles de enfrente a dar las espaldas para ver al predicador, y a fijar los ojos y levantar los oídos hacia arriba, debe ser desterrada como anticuada. Nuestro Concilio Plenario (n. 378) hace en este particular una recomendación corta pero importante, que debe ser observada.»

A lo que se puede añadir que el P. Ferrando, dice que: «Cuando hay un solo ambón o púlpito, debe estar colocado al lado del Evangelio, poco distante del Altar Mayor. Para el canto del Evangelio se adornará con un paño de seda del color de los paramentos del día (Cerem. ep. id).»

Sobre el **lugar del órgano y de los cantores**, dice Mons. Nabuco:

«La escuela o los cantores desempeñan una parte importante de las funciones litúrgicas; por lo tanto, es absolutamente necesario que estén colocados lo más cerca posible de la Capilla Mayor, ya que deben formar con el celebrante y sus ministros «quid unum». Los Arquitectos, sin embargo, por motivo de simetría o para facilitar sus plantas, acostumbran colocar el órgano y sus cantores encima de la puerta principal, no sólo a grande altura, obligando a los cantores a subir escaleras no necesarias, sino además separando por completo el Altar de la música. Cuanto más



cerca del Altar Mayor, más acertada será la colocación del coro; cuanto más lejos, más errada.

»Pero tratándose de Iglesias pequeñas, el órgano y los cantores podrán ser colocados encima de la puerta principal.»

El P. Ferrando aconseja que: «el órgano esté colocado en la tribuna lateral, con la consola a un lado de la nave central, delante de los bancos de los fieles, en posición simétrica con el ambón, para ayudar y dirigir el canto del pueblo.»

## BAUTISMO Y PENITENCIA

La administración de estos Sacramentos no tienen relación directa con el Culto que se celebra en el Altar, desde el punto de vista del <sup>brazado</sup> tejado del Templo. Sobre el Baptisterio dice Mons. Nabuco.

«El lugar más usual del bautisterio, siendo el bautismo la puerta de entrada para la Iglesia, es la derecha de quien sale, de modo que se puedan observar fielmente las rúbricas del Ritual Romano, que mandan comenzar la ceremonia en la puerta; sólo después de los exorcismos previos, es cuando el catecúmeno entra en la Iglesia.

»Los antiguos bautisterios, en forma de piscina, quedaban algunas gradas bajo el nivel de la Iglesia. Por lo menos, no se pongan gradas para subir al bautisterio, lo que en la liturgia es un privilegio del Altar con el Presbiterio», y añade el P. Ferrando:

«La tradición y la liturgia enseñan que el baptisterio no es una Capilla lateral más, sino un edificio monumental. No hay normas positivas que concreten el lugar y forma del baptisterio. El Ritual Romano sólo advierte que esté en lugar y forma decente (tit. II, cap. I, 46). S. Carlos B. aconsejaba, siguiendo la forma establecida por la tradición, que fuera un edificio aislado.

»Cuando forma parte de la Iglesia debe estar junto a la puerta principal, al lado del Evangelio, con una entrada en el atrio y otra en una nave, para poder cumplir con naturalidad las rúbricas del Ritual en la administración del bautismo. No puede estar en la Sacristía (S. C. de R., decr. 3.104).

»Será lo suficiente grande para efectuar cómodamente las ceremonias del bautismo, de la bendición de las fuentes y de la renovación de las promesas del bautismo. Una representación del

bautismo de Cristo en el Jordán presidirá el baptisterio (Ritual rom., II, I, 46).

»La pila bautismal sea de materia sólida para que contenga bien el agua; decentemente adornada y rodeada por cancelles; cerrada con llave, de manera que ni el polvo ni otra inmundicia pueda penetrar en ella (Rit. rom., id.).»

En cuanto a los Confesionarios, según Mons. Nabuco: «plantan un serio problema en nuestras Iglesias. En general son feos, y, aunque estén bien trabajados, ocupan grande espacio, impiden el tránsito de los fieles y de las procesiones y rompen las líneas arquitectónicas. Los recursos modernos de construcción permiten al Arquitecto, prever de antemano el lugar de los confesionarios y empotrarlos en las paredes, lo que resuelve muy bien el problema, habiendo en este punto diversas soluciones muy felices, enteramente de acuerdo con las exigencias del Derecho Canónico.»

El P. Eisenhofer dice que es disposición del Concilio de Trento que «**el Confesionario** esté situado en un lugar de la Iglesia fácilmente accesible, patente y adecuado.» Más detalles del P. Ferrando:

«El Ritual Romano (III, I, 8) encarga que la **sedes confessionalis** esté en lugar muy visible y generalmente en la Iglesia. Debe tener una grada o reja tenuamente perforada, interpuesta entre el Confesor y el penitente (can. 909, 2). No es una prescripción que el confesionario tenga la forma de casilla, si bien es una buena solución. En cambio, la tela metálica en las ventanillas, como se ve en algunos sitios, es una interpretación muy rudimentaria de la cráticula prescrita por los canones. En Roma y en otras ciudades esta grada consiste en una plancha de latón o de loza sembrada de diminutos agujeros.

»Las anteriores instrucciones sólo rigen para oír en confesión a las mujeres. Simples cátedras, colocadas en cualquier lugar a propósito, son suficientes para confesar a los hombres (rit rom. III, I, 8). Es evidente que para la confesión de enfermos o sordomudos tampoco rigen dichas normas.

»El sitio destinado al Penitente esté presidido por la imagen del crucifijo; sea apto para arrodillarse y apoyar los codos cómodamente y esté algo reservado de la mirada de los demás.»



## N A V E

Llegamos ahora al lugar propio de los fieles, que plantea un problema importante al Arquitecto, porque así como nuestras Parroquias antiguas tenían 5.000 almas, o sea mucho más de lo que correspondía antes a muchas grandes Catedrales. Sobre esto dice Mons. Nabuco en un párrafo que titula, muy significativamente: «Espacio vital». «Nuestras Parroquias, excesivamente pobladas, exigen Iglesias que tengan el máximo de espacio útil para los fieles, dentro de dimensiones reducidas y con un presupuesto moderado. El mejor estilo será el que permita mayores comodidades para las funciones religiosas y mayor cabida para los fieles. Y por esta razón, el estilo bizantino y sus modalidades modernas, será clasificado en primer lugar.»

Me permito comentar estas palabras, pues si, como se aprecia por el sentido total de la frase, se refieren a la composición y estructura de la nave y no a los detalles decorativos propios de un determinado estilo, tienen la mayor importancia para los Arquitectos y constituyen una verdadera norma de trabajo. Y sigue el mismo autor:

«El estilo gótico se acercará al último, por la razón muy simple de que las columnas gruesas, que ocupan gran parte del espacio interior, no sólo impiden la vista del Altar, sino además reducen en una o dos terceras partes el espacio que deberán aprovechar los fieles.»

También añade a esto que lo mismo ocurre con las formas del Renacimiento y Barroco que se suelen tomar como ejemplo, aunque hay otras como las de Barroco de Baviera, Franconia y Austria que constituyen magníficos modelos para el momento actual, con sus magníficas estructuras de norma bizantina construídas con ligereza en ladrillo vulgar y resueltas de modo muy grato a nuestro gusto.

Continúa Mons. Nabuco: «Es importante para dar cabida al mayor número de fieles, que la nave central sea lo más largo posible y que el Altar Mayor, a la vista de todos los fieles, la domine, como el punto cardinal de toda la construcción; y en este particular, el material moderno, aceró y cemento, permite realizar lo que los antiguos no podían alcanzar.

(Conviene observar que la palabra «largo es un galicismo y quiere decir «ancho», como se aprecia por lo que sigue a esta palabra).

»La Iglesia se construye a causa del Altar, tal es su razón de ser, un Arquitecto que construya un Altar que no esté a la vista de los fieles, hace más o menos lo que un Arquitecto que construyera un gran teatro con un hermoso escenario, pero sólo visible para la mitad de los espectadores.

»Las naves laterales son muy útiles, principalmente para facilitar la circulación de los fieles al entrar y salir de la Iglesia y para las procesiones, que constituyen un elemento importante en la liturgia. Sin naves laterales libres y desembarazadas, las procesiones litúrgicas no pueden circular, perdiendo con esto la liturgia romana uno de sus elementos más distintivos.»

Añadimos a esto, tomado del P. Ferrando:

»La planta de la nave no debe estar en un sentido demasiado longitudinal—con los nuevos materiales es más fácil la construcción de ambientes anchos—para que el Altar no diste mucho de la vista de los fieles. La experiencia de los Arquitectos y los motivos de orden práctico aconsejan más bien, hoy día, los templos parroquiales de una sola nave.»

La costumbre de hacer cúpulas en las Iglesias hace decir a Mons. Nabuco:

«¿Quién no admira la cúpula de Miguel Angel, una de las mejores obras maestras de Arquitectura de todos los tiempos? Es el cimborrio que el genial Arquitecto creó para cubrir el túmulo del Príncipe de los Apóstoles. Pero después de Miguel Angel, los Arquitectos discurrieron que una cúpula era la cubierta natural de una Iglesia en cruz, y resolvieron imitar al famoso Arquitecto. Entretanto, por motivos de orden práctico, transportaron el Altar al fondo del ábside y la cúpula quedó siendo el cimborrio o cubierta de las bancas y sillas que los fieles ocupan en el crucero de la nave. Poco importa al Arquitecto lo que iba a ponerse debajo de la cúpula, si a su parecer quedaba estéticamente colocada en el centro de la Iglesia. Es de desear que la cúpula vuelva a ser lo que era al principio; la cobertura de lo más sagrado que hay en la Iglesia, que es el Altar; los fieles que ocupan las bancas de la Iglesia no tienen derecho a la cúpula. Si no es para cubrir el Altar, que simplemente sea eliminada.»

En España tenemos muchos ejemplos de Iglesia cuya cúpula cubre el Altar Mayor. Pero en climas fríos se ha visto que esto es un gran inconveniente para el Clero y los otros Ministros, que se ven obligados a permanecer mucho tiempo en el lugar donde la



calefacción es más difícil, pues la alta cúpula atrae todas las corrientes de aire de la Nave y hace que el aire caliente se concentre en lo más alto, dejando fría la parte baja.

En cuanto a las ventanas, según el P. Ferrando: «Serán a discreción, de manera que den luz suficiente que permita la lectura de los fieles. Sean los vitrales algo intransparentes para dar la luz difusa y bien distribuida. Ninguna ventana de la Iglesia puede dar en casa privada (Can. 1.164, 2).»

Complemento de la nave son las Capillas y altares laterales. Hay ahora tendencia a evitar el abuso que se ha hecho frecuentemente de ellos.

Dice Mons. Nabuco: «La celebración de misas rezadas, y, más aún las innumerables devociones a los Santos, introdujeron en nuestras Iglesias las capillas o Altares secundarios, llamados laterales. Al Arquitecto le parece difícil encontrar lugar para todos los Altares que le encomienden, y los distribuye como puede por la Iglesia. Hay Altares laterales imponentes, colocados simétricamente al lado del Altar Mayor, y a veces dentro de la misma Capilla mayor, o diseminados por la Nave central, a modo de complemento del Altar Mayor, como si éste por sí solo fuese incompleto o insuficiente.

»Las Iglesias orientales, ortodoxas o unidas, nos llevan en este punto mucha ventaja, y sólo permiten un Altar en cada Iglesia. La razón es lógica: El Sacrificio Eucarístico es uno, sólo uno, y el Altar único que domina la nave central demuestra la unidad del sacrificio, al mismo tiempo que permite al Arquitecto centralizar el Altar único.

»Es evidente que muchas veces son necesarios Altares laterales; pero que se construyan, en cuanto sea posible, en forma de Capillas independientes, hechas de propósito y fuera de la Nave central. Este sistema tiene grandes ventajas y resuelve al mismo tiempo la parte arquitectónica y la parte práctica del problema, y también satisface mejor a las devociones particulares.»

El P. Ferrando insiste más:

«El Altar, como vemos, es el rito de consagración, representa a Cristo. En el Templo, el Altar lo es todo, es su centro; de manera que lo demás debe subordinarse a él. Según esto, el Altar, en un principio, era único en cada Iglesia; como única la misa celebrada por el Obispo rodeado por todo el Clero, y única la comunión de los fieles en la Misa. Así que, la unidad jerárquica

no era sólo un dogma, sino también un acto sensible y patente. Con la Misa privada y el desarrollo del Culto a las reliquias se introduce la pluralidad de Altares. A fines de la Edad Media se enfria el carácter colectivo de la devoción en favor de la piedad individual, la cual, en algunos países, llega a abortar en forma de herejía. Desde ese tiempo cada familia ha querido su Altar, cada asociación su patrono en el Templo, cada devoto su Santo, disgregando así la comunidad cristiana.

»Las reglas litúrgicas permiten más de un Altar en cada Iglesia, aunque con la mayor moderación. S. Carlos Borromeo recomienda que sólo se admitan más de uno cuando sean realmente necesarios. Los Obispos, después de su visita pastoral, han debido dar frecuentemente normas encaminadas a restringir el número de Altares en los Templos; normas que, una vez colocados aquéllos, no siempre son fáciles de cumplir; pero que se pueden precaver no erigiendo nuevos Altares que no sean estrictamente necesarios. Un nuevo Altar debe corresponder siempre a una necesidad colectiva de la Parroquia; y el que un devoto costee un Altar o haga un voto a este fin, no es motivo para destinarle lugar en la Iglesia.

»Los Altares laterales no deben estar alineados a lo largo de las naves, ocupando todas las paredes y rincones, sino partiendo de los elementos que nos dan las formas arquitectónicas. Por lo tanto, el lugar de tales Altares deberá estar previsto en los planos, y cuando los sitios aptos están ya ocupados, no debe pensarse en la colocación de otros nuevos.»

## LA ENTRADA DE LA IGLESIA

Está formada por lo que llama a los fieles, que son las campanas, y por las puertas. Sobre las primeras, dice Mons. Nabuco:

«Las campanas dan gran realce a la liturgia y son parte integrante de una Iglesia. Su lugar está previsto en el campanario o en la torre. Mas como las campanas deben consagrarse antes de ser colocadas en su sitio, y como a veces es preciso retirarlas para refacciones o reparaciones, será indispensable que el campanario sea abierto de modo que facilite la subida o bajada vertical de las campanas. A más de que torres abiertas por los lados y por debajo de las campanas mejoran mucho la sonoridad de nuestros broncees. He aquí una advertencia: es un arte espe-



cial fundir campanas; que las haga una mano maestra y que sean afinadas en buenas combinaciones de notas. Hay campanas estridentes que alejan en vez de llamar a los fieles de la Iglesia.»

Y según el P. Ferrando: «El Derecho canónico no habla directamente del campanario; sólo prescribe que cada Templo tenga campanas para invitar a las funciones (Can. 1.169, 1). Nuestra liturgia visigótica ya prescribía en el siglo VII el uso de las campanas «que se oigan desde lejos» para anunciar a los fieles la hora de la oración o la muerte de uno de ellos. También el Pontifical las prescribe «para invitar a los fieles lejanos», de lo cual se desprende que el lugar de las campanas debe ser, como vemos por tradición constante, una construcción preeminente en forma de baldaquino, no sólo para protegerlas, sino también por razones de acústica. S. Carlos Borromeo aconsejaba una construcción aislada, en forma de alta torre, como nos ha dejado el arte medieval, y colocado a la diestra del que entre en el Templo.

«Cuando por razones económicas es difícil construir un magnífico campanario, no representa ningún acierto dejarlo inacabado, como a menudo sucede. En estos casos puede recurrirse al sencillo campanario de espadaña, tan tradicional en nuestro país. Desde luego está mucho mejor un simple campanario terminado que un soberbio campanario en proyecto.

«No está determinado el número de campanas, pues depende de las necesidades de la Iglesia. En las Parroquias ciertamente debe haber más de una. Cuando se destina una campana al Culto debe ser consagrada por el Ordinario o bendecida por un delegado suyo (Can. 1.169, 2, 5). Según costumbre, las campanas tienen un nombre y llevan una inscripción alusiva a su oficio o una invocación a Dios, a la Virgen o a los Santos.»

Mons. Nabuco dice sobre **las puertas**: «Los Arquitectos, lo mismo los antiguos que los modernos, siempre han dado mucha importancia a la puerta de entrada de los edificios. Es que lo imponente de las puertas es un aviso previo de lo imponente de lo interior. En las Iglesias modernas, sin embargo, donde hay muchas veces gran concurso de fieles, se ha creado un problema nuevo, que es la rápida salida en momentos de peligro. Para esos se hacen necesarias puertas de auxilio, si las puertas principales fueran insuficientes. Es de suma importancia, que tales puertas se abran hacia fuera, para que puedan abrirse a prisa, cuando esté llena la Iglesia.

«En cierta ocasión estalló un fuerte incendio en una Iglesia

de Santiago de Chile. Debido al frío, las puertas estaban cerradas. Con la alarma del fuego todos corrieron hacia las puertas y no hubo fuerza capaz de sostener la masa humana, que se apretaba contra las puertas, que por eso mismo no se pudieron abrir. Si las puertas se hubiesen abierto para afuera, probablemente todos se hubieran salvado; pero como se abrían para adentro, todos perecieron. Hay cosas elementales que no sabemos por qué los hombres se resisten a comprender.

El P. Ferrando añade un detalle importante: «En las Iglesias parroquiales, donde deben organizarse las procesiones prescritas en las rúbricas del Misal, convendrán tres puertas en la fachada.»

Y sobre las **Pilas de agua bendita**, dice:

«Las pilas que hoy están a las puertas del Templo son una reminiscencia del **cantarus** o fontana que antiguamente ocupaba el centro del atrio para que los fieles se lavaran antes de disponerse a la oración. Deberán ser, según nos han dictado la larga tradición, de piedra u otra materia impermeable, y de forma redonda o poligonal, ancha y plana.

»En las Iglesias grandes debe haber una a cada lado de la puerta principal. En las puertas secundarias y en los oratorios bastará una sola a la derecha del que entra.

»Algunos higienistas han intentado introducir el uso de ciertos aparatos para suministrar agua bendita, los cuales han sido reprobados en algunas diócesis. Lo que debe procurarse diligentemente es que el agua bendita se renueve todos los domingos, como la liturgia y la limpieza requieren.»

## A N E J O S

El más importante es la Sacristía. De ella dice Mons. Nabuco:

«Una Iglesia necesita dos Sacristías: una para que el Clero dé principio y término a sus funciones, la Sacristía propiamente dicha, y otra para el servicio y depósito y para los monaguillos (6). Es importante que la Sacristía, principalmente la del Clero sea exclusivamente reservada para él y no sea pasaje para unos y otros. Es imposible celebrar bien, si inmediatamente o después de la Misa, el celebrante se ve rodeado de gente que quiere hablar con él.



»Las Sacristías deben ser estudiadas por el Arquitecto y por el Párroco, en todos sus detalles, para que cada cosa tenga su lugar. Es conveniente que haya a más de una puerta chica que da directamente a la Capilla Mayor, otra grande para las entradas procesionales. El aparador (o mesa) tendrá de dos a cuatro metros de largo, a fin de que se puedan poner juntos los ornamentos para el celebrante y sus ministros, en las Misas solemnes, en vez de prepararlos por separado (7).

»(6) Grandes armarios para almacén son muy necesarios en nuestras Iglesias, donde hay muchas cosas que sólo se usan raras veces. Y sin embargo, pocas de nuestras Iglesias lo poseen, y objetos que solamente se usan en la Semana Santa, quedan todo el año a la vista, con perjuicio general del orden, de la limpieza y conservación.

»(7) El sistema francés de perchas para pluvial y la casulla, que se va introduciendo entre nosotros, difícilmente se amolda a las normas de la liturgia romana, que quiere que los ornamentos se extiendan sobre la mesa. Las perchas se usan a título de economía para no maltratar los ornamentos arrastrándolos sobre la mesa. Mas para eso, bastaría poner no el derecho, sino el revés o el forro sobre la mesa.»

Completa esto lo que dice el P. Ferrando:

«Las reliquias precisan un lugar propio, en la Sacristía o en la misma Iglesia, limpio y cerrado bajo llave. No es decoroso conservar los relicarios entre los utensilios comunes del Culto. En algunas partes la lipsanoteca está, muy acertadamente, en el muro del ábside, en forma de nicho, adornado con sedas y cuidadosamente cerrado.»

Dice Mons. Nabuco sobre el **Despacho**: «An fin de que las Sacristías queden reservadas para sus fines especiales y para el correcto funcionamiento de la Iglesia, se hace indispensable la construcción de una sala de archivos y expedientes, en cuanto sea posible, en el lado opuesto a la Sacristía. En una Parroquia (el servicio de archivos y expedientes) estorba sobremedida a las funciones sagradas y a todo el orden de la Parroquia. El Despacho, por sí solo, resuelve innumerables problemas, entre ellos el de los cumplimientos.

»Con el uso existente de darse parabienes o pésames en las Iglesias, después de los casamientos o de las Misas de difuntos, nos sale al paso otra dificultad seria, que deben estudiar los Arquitectos de las Iglesias. Sería de desearse que tales saluciones

no se hiciesen en las Iglesias, que en esos casos se transforman en salones; así lo determinan en C. P. B. (375, núm. 2). El despacho, si es espacioso, resuelve el problema, pues los novios o la familia de luto pueden ir allá después de las funciones, y recibir los cumplimientos. Pero deben preverse que haya dos puertas, para entrada y salida, u otro medio de facilitar la circulación de las personas.»

Son necesarios otros locales, sobre lo que dice el P. Ferrando lo siguiente: «En las Parroquias hay muchos muebles y utensilios (imágenes, Altares, portátiles, alfombras, sillas, candeleros...) que sirven sólo en ciertas solemnidades. Durante el resto del año necesitan un sitio donde guardarse. Su lugar propio no es la Sacristía y aún menos debajo de los altares, ni en el coro, tribuna u otros rincones oscuros del templo. Un sitio apto para todo esto debe estar previsto de antemano en el plano del Arquitecto.

»Toda Catedral, Parroquia y, en general, todo Templo destinado a perdurar, debería tener un ambiente al lado para colocar aquellos objetos de algún valor artístico o histórico, por pequeño que sea; vestidos inservibles por el uso, imágenes mutiladas, restos de Altares viejos y carcomidos, piedras y otros objetos hallados en obras de reparación... Estos objetos, que no tienen ninguna utilidad práctica, sin embargo, merecen no ser destruidos y pueden ayudar mucho para rehacer la historia del edificio.

»Cuando prudentemente tenga que aceptarse un exvoto, su lugar no será nunca el Altar, ni el presbiterio, ni tan sólo la Iglesia para divertir a los fieles. Y mucho menos todavía serán colgados de las imágenes, aunque fueran exvotos de metal precioso. Su lugar podrá ser una sala o corredor adyacente al Templo.»

## MATERIALES DE CONSTRUCCION Y DECORACION DEL TEMPLO

Terminada esta rápida exposición de las disposiciones litúrgicas que condicionan y dirigen la composición y el trazado, quedan todavía otras de interés fundamental para el Arquitecto. Son las referentes a los materiales de construcción, la decoración y el uso de la electricidad. Respecto de los primeros, dice el P. Ferrando:



«En cuanto al material de construcción, la Iglesia no ha dado norma alguna que imponga o excluya algún material determinado. En un principio el cemento armado fué recibido con aprensión porque su uso se introdujo en los edificios industriales y porque las primeras Iglesias construídas con este material, en el centro de Europa, a veces fueron algo extravagantes. Hoy, visto el buen resultado técnico de este elemento y su mayor rendición, es considerado como sano progreso y, por lo tanto, digno de Dios, y se le ha dado franca aceptación; aunque no como fin de sí mismo, sino como un medio de incalculable utilidad. Por demás la Iglesia ha declarado consagrables los templos de cemento armado (S. C. de Ritos, decr. 4.240) (1).»

Es preciso observar que:

«Antes de dedicar una Iglesia al Culto debe consagrarse o bendecirse (Can. 1.165, 1). Deben consagrarse las Iglesias Catedrales. Conviene consagrar las colegiatas, parroquias e iglesias conventuales (Can. 1.165, 3). Los oratorios sólo pueden bendecirse. El derecho de consagración pertenece al propio Ordinario.

**»Para que una Iglesia pueda ser consagrada debe ser de piedra, de mampostería o de ladrillos; no pudiendo serlo las construídas en madera o metal (Can. 1.165, 4). Pueden consagrarse los templos de cemento armado, con tal que las doce cruces de los muros sean incisas sobre piedra, y de la misma materia sea también el dintel de la puerta (S. C. de R., decr. 4.240).»**

Respecto de la Decoración, opina Mons. Nabuco que: «La decoración es útil cuando hace resaltar lo principal, pero cuando lo oculta o lo estraga, ya no es decoración, sino obstrucción. Decorar con pintura, estuco o de cualquier otro modo, es muchas veces más difícil que construir. La decoración obedece a innumerables leyes de líneas y proporciones. El medio más indicado para no errar es reducir la parte decorativa al mínimum posible. Un edificio o un mueble bien trazado, lleva sólo en sus líneas y proporciones una decoración que agrada a la vista, y que elementos sobrepuestos sólo podrían perjudicar. La sencillez será hermana de la belleza.»

Una de las más bellas joyas modernas de la arquitectura eclesiástica, en la opinión unánime de entendidos, es la Capilla de la Santísima Trinidad de Wáshington. Sin embargo, ella sobresale por su sencillez; nada hay que no tenga su razón de ser. La ornamentación resulta de sus líneas y proporciones y no hay parte sobrepuesta o agregada.

Son muy interesantes las consideraciones del P. Ferrando sobre este punto:

«Ha habido en eso de la decoración de los Templos criterios muy opuestos; desde el criterio iconoclasta y la desnudez protestante hasta la exuberancia barroca. Ultimamente parece que quería imponerse el severo criterio de las paredes limpias. Sin embargo, desde la tradición más antigua, aparecen las basílicas cristianas decoradas con escenas bíblicas, con imágenes de Cristo y de los Apóstoles, de la Virgen, ángeles, profetas, papas y santos; sin olvidar animales y símbolos de carácter alegórico y místico. La decoración del Templo era considerada como un aspecto de la predicación. «La mayor parte de los que entran en este lugar—decía San Paulino de Nola a propósito de las pinturas de la Basílica de San Félix de Nola—son ignorantes y no saben leer, pero fijan su mirada en estas representaciones y se sienten arrastrados a seguir los hechos que resaltan a sus ojos.

»Estas representaciones, tratadas en mosaico, al fresco o al temple decoraban el ábside y se extendían por las paredes laterales sobre los arquivoltas, invadiendo no pocas veces—principalmente en los baptisterios—el mismo techo.

»El grado de suntuosidad en la decoración de los Templos, a través de las épocas, ha dependido en parte de ciertos estilos, pero principalmente de ciertos países. Los nórdicos han sido en esto, como en muchas otras cosas, más austeros que los pueblos del Mediodía.

»Cuando se trate de decorar un Templo, no estará por demás respetar estas tradiciones de país y de estilo. Sin dejarse llevar por el fácil entusiasmo de decorarlo todo. (Una pared desnuda siempre será más noble que una decoración mediocre.) Además, las diferentes partes de un mismo templo, tienen su gradación. Si por cualquier causa no se decora toda la Iglesia, el ábside será antes que las naves; éstas, antes que el techo; el Altar del Sacramento, antes que otro altar lateral.

»Las normas que la Iglesia da respecto a la decoración son las mismas que se refieren a las imágenes.»

Dicho autor sigue con los siguientes párrafos:

### **«La pobreza en el Templo».**

«Téngase presente que la riqueza y la suntuosidad nunca han sido necesarias, y que la sobriedad, la decorosa pobreza inclusive,



no desdican de la casa del Señor... Si no se puede proveer al rico arreglo del Altar, basten las cosas necesarias, pero escogidas con tino y de materia noble y resistente. La pobreza no es indigna del Templo: Dios ama la pobreza. Así que: pobreza, bien; pero dignidad, nobleza, resistencia del material y, sobre todo, limpieza.

»La pobreza no es siempre dificultad para adquirir obras de arte. El arte no presupone lujo. No es siempre exacto que una obra de arte sea mucho más cara que una obra industrial. Algo más sí, y se comprende. Pero se tarda un poco más, se hace algo más de sacrificio y después se tiene la satisfacción de haber adquirido una cosa digna de Dios y de su Templo. Se sacrifica, si es necesario, la abundancia de adquisiciones para atender a la calidad.»

### **«La verdad y las ficciones».**

«Téngase por axioma que la belleza es compañera de la simplicidad, de la sinceridad y propiedad; por lo tanto, nada groseramente falso, nada fingido; todo cuidadosamente guardado y limpio. Nada de imitaciones de apariencia, de grosera falsedad y cosa fingida.»

### **«El espíritu de la Iglesia».**

«La Iglesia no ha dado para cada caso particular normas estrictas a seguir. Ni es necesario. La S. C. de R. no resuelve, con solemnes declaraciones, todos los casos minúsculos. La respuesta, proclamada repetidas veces, es que se atenga a la tradición. Por lo cual, la Iglesia quiere que la Historia y la Arqueología cristianas sean siempre fuente de experiencia para las obras nuevas.

»En otros casos las normas son más concretas; a veces las respuestas de dicha Congregación son definitivas. Entonces conviene acomodarse generosamente a ellas; pues el gusto del Arquitecto, con toda su autoridad y los deseos del buen Párroco, no cuentan para nada allí donde la Iglesia, con autoridad mayor, ha dictado una norma.

»Y conviene acomodarse, no sólo a la letra, sino al espíritu de la Iglesia. Sería ya mucho que se cumpliera todo aquello que no está estrictamente prohibido o descuidar lo que no está claramente prescrito.

»Todo detalle deberá traer calculadamente una intención teológica a fin de que se verifique siempre la sentencia de San Basilio: «Para la Religión hacen tanto los pintores con sus cuadros como los oradores con su elocuencia.»

## USO DE LA ELECTRICIDAD

Es otro punto importante para el que hay normas litúrgicas, que expone el P. Ferrando de este modo:

«Hemos dicho que en el Templo la luz puede tener dos fines: iluminación y culto. Pues bien; para el uso adecuado de la electricidad, téngase presente esta norma: la electricidad está permitida en el Templo, no para el Culto, sino «ad depallendas tenebras», esto es, para la iluminación, y aun procurando evitar todo aspecto teatral (S. C. de R., de cr. 3.859).

»La iluminación eléctrica debe usarse en un sentido de gran austeridad. Recuérdese que su uso inmoderado ha dado ocasión a muchas normas restrictivas. La electricidad en el Templo no debe tener otra finalidad que la de dar una luz suficiente y discreta para que los fieles puedan ver las ceremonias y seguir en el libro los actos del Culto.

»En la instalación deberá procurarse una luz bien repartida, que no rompa las líneas arquitectónicas, sino que las respete y acuse, por lo cual estará prevista de antemano en el plano de la Iglesia. La luz difusa y la iluminación indirecta han sido recomendadas en algunas diócesis, como más convenientes.

»La Santa Sede amonestó a los Ordinarios que, en lo futuro, se reserven la aprobación de las nuevas instalaciones eléctricas en los Templos, así como la revisión de las ya existentes (Circular del Cardenal Gasparri, 3 Oct. 1932).

»En particular está prohibida la luz eléctrica sobre el Altar o sobre sus gradines; ni como adorno, además de las velas prescritas, ni disimulada detrás de los floreros (S. C. de R., de crs. 4.086, 4.097, 4.206).

»Está prohibida como sustitución a la lámpara del Santísimo.

»Tampoco está permitida como corona o aureola de luz alrededor de los santos o como nimbo a su cabeza.

»No se permite iluminar el interior del tabernáculo de la Exposición o el ostensorio con un reflector, para hacerla más visible y resplandeciente (S. C. de R., de cr. 4.275).

»No está permitida delante de las Imágenes como velas o lám-



paras, que quemen en su Culto (S. C. de R., de cr. 4.210 ad 2).

»Está prohibido reseguir con lamparillas eléctricas la arquitectura interior del templo o del retablo. Por lo tanto, del baldaquino, de las ornacinas, de los Altares, etc.

»Asimismo está prohibida la variedad de colores en las lamparillas eléctricas, como cosa contraria a la gravedad y dignidad del templo (S. C. de R., de cr. 4.322). Está permitida la luz eléctrica en las llamadas arañas y en aquellas lámparas cuyo uso no está prescrito. No obstante, debe recordarse que las arañas han sido inspiradas para contener cirios y, si cambian de función, conviene que cambien de estructura. No aquello de lamparillas sobre falsas velas de porcelana.

»Finalmente, en muchas diócesis se han dado normas concretando más el uso de la electricidad en el templo, lo cual, en cada lugar, deberá tenerse muy presente.»

## PLANTEAMIENTO Y COMPOSICION DEL TEMPLO

Expuestas ya, aunque brevemente, las disposiciones litúrgicas, poco queda por decir a un Arquitecto, como no sean las conclusiones profesionales que han de resumir todo lo anterior. Como antes, me referiré sólo al Templo, y principalmente al Parroquial, por ser nuestro problema corriente, y suprimiendo de éste cuanto se refiere a los locales de Catequesis, Acción Católica, Casa Parroquial y otros análogos.

La obra que proyectamos ha de tener los siguientes caracteres, según el Cardenal Gomá, en su obra citada:

Caracteres del Templo cristiano:

«**Lugar oficial del Culto.**—Es por excelencia el lugar de la liturgia; pues ésta, en su concepto, implica «servicio divino prestado por el pueblo.»

«**Escuela de pedagogía de Dios.**—Donde la liturgia, lazo de atadura de Dios y de los hombres, instrumento de pedagogía exquisita, tiene su marco en que se desarrolla, con todo el instrumental pedagógico y hábiles maestros que lo utilicen para el bien del pueblo.»

«**Casa de la Jerarquía.**—Oficialmente investida de la noble misión de representar a Dios entre los hombres y a éstos ante Dios.»

«**Casa del Señor Jesucristo, Dominicum,** como llamaban al Templo los primeros escritores cristianos.—Es la morada perpe-

tua del Divino Pedagogo Jesús, que en el Templo se sacrifica, nos da su gracia por los Sacramentos, nos instruye, amenaza y amonesta por la voz de la liturgia y de sus liturgos.» «Es la casa del Señor y su familia.»

De estas palabras, y de las normas litúrgicas antes expuestas, deducimos que la Iglesia debe ser una gran sala, capaz para que se reúnan en ella los numerosos fieles que forman una Párrquia moderna, presidida por un solemne y majestuoso Altar, que es el Trono del Señor, realmente presente en la Sagrada Eucaristía. Los fieles han de ver perfectamente dicho Altar, y han de disfrutar de unas condiciones perfectas de acústica, no sólo para las palabras que se emitan desde el Altar, sino para las que procedan del Púlpito y de la Tribuna de los Cantores.

La temperatura en la Iglesia debe ser agradable, tanto en verano como en invierno. Las procesiones deberán gozar de una circulación adecuada alrededor de la Iglesia, con fácil paso desde la sacristía y desde el Presbiterio, y para este fin serán muy convenientes las Iglesias de tres naves, aunque no lo son tanto para las grandes masas de fieles que se acumulan los domingos y fiestas, los cuales piden un aprovechamiento total del espacio con buenas condiciones para ver y oír. Los pilares estorban mucho estos fines, y no son necesarios para la estructura de una Iglesia, pues sin necesidad de acudir a construcciones modernas, tenemos en las antiguas anchuras de nave de ladrillo de 30 metros en Santa Sofía de Constantinopla, construida con una ligereza extremada; de 24 metros, con cubierta de madera, en San Pablo, extramuros de Roma, y de 22 metros, en piedra, en la Catedral de Girona, que superan con mucho a esa anchura habitual, de unos 12 metros, que vemos en las Catedrales góticas grandes, en Toledo, Sevilla, Colonia, Reims, París y otras. La cuestión de las procesiones puede resolverse dejando un amplio espacio entre los bancos y los muros de la Iglesia, limitándolo, si fuera preciso, con antepechos bajos, y puesto que los confesionarios se empotrarán en los muros y los Altares laterales irán en capillas independientes, el espacio entre esas barandillas y los muros quedarían despejados para las procesiones.

La colocación del Baptisterio y de la Sacristía ya han sido tratadas antes, pero ahora conviene hacer notar que es muy importante hacer una Capilla para el Santísimo Sacramento, próxima a la Sacristía y al Presbiterio, y con fácil acceso desde la Nave, que pueda servir además para celebrar el Culto los días



de trabajo, sobre todo en tiempo frío, en el que sería fácil calentar esta Capilla sin tener que hacerlo en la Nave, en la que resultaría muy costoso por sus grandes dimensiones.

Hay que concretar más sobre la forma conveniente para el Presbiterio y Nave. Ya sabemos que ha de tener condiciones perfectas de visibilidad para un gran número de fieles. Aquí interviene el problema económico. La Iglesia se encuentra en situación parecida a los tiempos que siguieron al Edicto de Milán. Con medios económicos muy escasos, se trata de construir Iglesias suficientes para una masa inmensa de fieles, producida no sólo por las conversiones, sino por el aumento extraordinario que la población ha experimentado en siglo y medio. Por tanto, es necesario aprovechar completamente los terrenos y los materiales de construcción. En la Roma del siglo IV no había problemas con los solares, y en cuanto a los materiales se encontraban muchos en las ruinas causadas por los bárbaros. De este modo, una Basílica podía construirse con unos muros muy ligeros de ladrillo corriente, unas columnatas de mármol procedentes de las ruinas, las cuales por su forma no quitaban ninguna visibilidad al Altar, y unas armaduras de madera fáciles de obtener de los bosques de aquellos tiempos. Nuestro tiempo tiene mayores dificultades, los terrenos propios para una Parroquia son caros en general y, por tanto, sólo se puede adquirir el trozo indispensable, en el que hay que aprovechar todo para conseguir hacer un Templo adecuado a una de estas Parroquias modernas de gran número de feligreses. En cuanto a los materiales modernos, hay que decir que permitan todas las soluciones inmejorables si hay dinero abundante, lo que no es el caso de la Iglesia, ni de ninguna organización civil ni militar ni de ningún particular de vida normal. Sólo nuevos ricos pueden permitirse el lujo de disfrutar de esa libertad completa de soluciones que hay en el hormigón armado o en el hierro. No puede emplearse el escaso dinero de la Iglesia en hacer, por ejemplo, un esqueleto de hierro o de hormigón armado para revestirlo luego con unos gruesos muros y unas falsas bóvedas, si hay algún procedimiento para hacer que esos muros y bóvedas sean por sí la verdadera estructura. Incluso el coste de una bóveda de hormigón armado es excesivo por la necesidad de hacer un encofrado, o sea un verdadero molde rígido a gran altura sobre la superficie del suelo. Tampoco podemos hacer lo que se hizo tantas veces en las Iglesias góticas y renacentistas: construir unas bóve-

das y encima y separadas de ellas unas armaduras para sostener el tejado. Ahora hemos de decidirnos por una de las dos cosas: o hacemos la bóveda como estructura única, a estilo bizantino, o hacemos sólo la armadura, como en las Basílicas de Roma. Con esta última solución tenemos la dificultad de no poder emplear madera, porque no se encuentra en buenas condiciones de calidad y de precio, y al no poderla hacer más que de hormigón o de hierro nos vemos obligados a ocultarla con un falso techo, solución también costosa y poco conveniente.

Si preferimos las bóvedas, y de ellas las de ladrillo, por ser más económicas que las de hormigón armado, tenemos el problema de los empujes. Claro que las de hormigón armado permitirían mediante estructuras continuas de pórticos evitar los empujes, pero esto será todavía más costoso. El problema de los empujes nos lleva a discutir la forma de la nave. Puede, como solución muy económica, resolverse esto con tirantes a la vista, y así está hecho en casi todas las Iglesias de Italia en la Edad Media y gran parte del Renacimiento. Así está la Catedral de Florencia, por ejemplo, y en España tenemos otra, el Pilar de Zaragoza, con inmensos tirantes de hierro, que, a pesar de sus dimensiones, pasan desapercibidos por casi todos los observadores. Sin embargo, el sistema es mal aceptado en España, y tenemos que elegir entre dos soluciones: la primera es el empleo de contrarrestos, y para esto tenemos el ejemplo magnífico por las dimensiones logradas y por la economía de materiales, de la Catedral de Gerona. La segunda solución es el empleo de tirantes ocultos, y esto sólo puede conseguirse económicamente en naves redondas o elípticas. Hay cierta resistencia al empleo de estas formas, pero no hay nada en las disposiciones litúrgicas que se opongan a ellas. Sólo San Carlos Borromeo, alarmado ante el empleo excesivo de ellos por una influencia de los panteones paganos, se opuso a ellos, pero, después de su canonización, las dos Iglesias mayores que tienen a este Santo como tutelar, la de Milán y la de Viena, son circular la primera y elíptica la segunda. Las condiciones visuales y acústicas de estas formas son las mejores, si se disponen adecuadamente los materiales absorbentes y reflectores del sonido.

No debe extrañar esta preocupación por la economía de la estructura, pues la tradición nos da buenos ejemplos. Las Basílicas cristianas, tanto latinas como bizantinas, tienen la estruc-



tura más barata posible, sin perjuicio de sus resistencia. Trece siglos duró la ligerísima construcción de San Pablo, extramuros hasta su incendio en 1824, y trece siglos lleva resistiendo la de Santa Sofía de Constantinopla. Asombra la extremada ligereza de ésta, cuya cúpula, de 32 metros de luz y bastante rebajada, es de tal delgadez que difícilmente nos atreveríamos hoy a superarla. Y eso que la actual es una bóveda hecha con precauciones ante la ruina de la primitiva, que se hundió a los pocos años de hecha, en un temblor de tierra. En ambos casos no se procedió así por falta de dinero, sino porque la honradez de los Arquitectos les obligaba a emplear los medios abundantes de que disponían en hacer aquello que sirviera para dar gloria a Dios, para ser su Trono, y no en hacer torpemente dobles estructuras por falta de conocimiento del oficio. Aquellos medios económicos se emplearon, en ejemplos, en cubrir de mosaicos, de bronce, de mármoles preciosos, de oro y de obras de arte todo el interior del Templo.

No puede servirnos de ejemplo la época gótica, que sólo cubre tres siglos de los diecisiete que se llevan construyendo Iglesias, y que obedece a condiciones sociales y económicas completamente distintas de las nuestras, que en cambio se parecen a las de los primeros siglos de la Iglesia después del Edicto de Milán. Tenemos una necesidad apremiante de Iglesias grandes, donde se vea y se oiga bien, que se puedan hacer con materiales y obreros de hoy, y con rapidez. En la historia del arte religioso, el gótico no es más que una anécdota, sobre todo el gótico francés, que puede tomarse como modelo, con su escasa utilización del espacio para acomodar a los fieles, sin excesivo número de Capillas y la consiguiente dispersión del Culto, sus malas condiciones acústicas, su costosa obra de piedra, su más costosa estructura de arbotantes y con sus obreros artistas ligados por misteriosas corporaciones tan distintas de los primeros tiempos de la Iglesia y de los actuales.

Esto nos lleva a tratar del estilo. Dice Mons. Nabuco:

«La escuela del estilo es también punto de gran importancia. Pero a pesar de la existencia de estilos clásicos, es el medio ambiente el que hace el estilo; o mejor, los estilos; clásicos o modernos, deben ser adaptados al lugar donde la Iglesia va a ser construída y al material que va a emplearse, ya que de eso dependen los cálculos y las proporciones.

»Era idea general, hace algunos años, que el gótico era el es-

tilo cristiano por excelencia, ¿por qué?, no lo sé; tal vez a causa de las líneas verticales que se elevan hacia lo alto; pero la Iglesia, en materia de estilo arquitectónico, es universal, y Roma no conoce el gótico. En China se han hecho Iglesias primorosas, que son adaptaciones cristianas del estilo chino.

»Ante todo, será necesario evitar que el estilo resulte falso y mentiroso. Mentir en Arquitectura es tan grave, como mentir en la vida. Por ejemplo, una Iglesia gótica de cemento armado, además de ser imposible, será necesariamente falsa. El Arquitecto deberá fingir por todas partes soportes falsos (por no ser necesarios) para sus bóvedas, soportes que no soportan nada. Porque una construcción de cemento o de piedras fundidas en molde, es enteramente diversa de una construcción de cantería, exigida por el gótico.»

Sobre el mismo tema, dice el P. Ferrando:

«Las leyes litúrgicas no hablan de estilo. La Iglesia no ha condenado ningún estilo ni ha entronizado ninguno (Ferrando Roig, pág. 128).

»Antes de preocuparse de que su arte sea clásico o moderno, debe preocuparse de que sea dogmático (F. R., pág. 128).

«La Iglesia siempre recomienda continuar la tradición, lo aprobado por el uso (F. R., pág. 129).

»Si tradición significa copia, repetición ciega del pasado, ningún estilo ha sido tradicional, todos han sido renovadores, rompiendo, por lo tanto, la tradición.» «No debemos limitar la tradición a lo que hemos visto y hecho en las últimas generaciones, descuidando aquello que los Santos Padres, los Concilios y los usos de la Iglesia han conservado durante tantos siglos.» (F. R., página 129).

Pío XI, inaugurando la Pinacoteca Vaticana en 1932, dice:

«Ciertas llamadas obras de arte sacro, que nada tienen de sacro, sino que lo desfiguran hasta la caricatura y a veces hasta la misma profanación, intentando defenderse diciendo que van en busca de lo bello y de la racionalidad de las obras.»

Cómo debe ser el estilo, lo dice el Cardenal Gomá, pero de tal modo que requiere una interpretación para nuestra práctica profesional:

Cardenal Gomá, «El Valor Educativo de la Liturgia Católica», 1940.

«El principal elemento emotivo del arte litúrgico es el **antropomorfismo**, esto es, la representación, por la forma humana,



de ideas, dogmas, historias, misterios, pasiones, todo lo que integra el sentimiento religioso: y aquí radica principalmente el valor de emoción del arte litúrgico. Complácese el hombre en lo que se le parece y tiene material tendencia a «humanizar» los fenómenos de su vida espiritual.»

Puesto que la Arquitectura no copia la forma humana, su terreno está en el campo de las proporciones y de las medidas humanas, en el empleo del módulo humano de los griegos, que tan claro queda en los Templos cristianos, latinos y bizantinos, en el módulo abstracto de que hace la obra de arquitectura un ente cerrado e independiente, en propias medidas y leyes de proposición. Cuantos autores se ocuparon de arquitectura religiosa, aunque fueran paganos, como Vitrubio, pidieron un orden, que si es necesario en toda obra, más lo ha de ser en un Templo. Dice la Sagrada Escritura, que todo fué hecho con arreglo a número, peso y medida, y sería imposible para mí hacer una referencia, aunque breve, a los innumerables pasajes que dedica San Agustín a este tema en sus obras. Finalmente, según Mons. Nabuco:

«Para la Iglesia Católica, es de suma importancia que se guarde en los templos el orden y el respeto. Fué San Pablo quien mandó que en ellas todo obedeciese al orden. Si para todo, lo bello es, en la definición clásica, el esplendor del orden, esto se hace sentir de manera muy particular en las Iglesias y en las funciones sagradas. Pero es menester que las Iglesias sean construídas de acuerdo con su finalidad, sino, es imposible mantener el orden

»Es una cuestión difícil la que se nos presenta respecto de la llamada Arquitectura moderna, puesto que en muchos aspectos se diferencian de la que hubo en cualquier otra época. En primer lugar.»

La Arquitectura antigua tuvo como tema principal el Templo. No es objeto de esta conferencia discutir si el Templo griego copia, ampliándola, la sala grande de las casas griegas, como las descubiertas en Troya, o si fué al revés, ni tampoco dilucidar si las basílicas cristianas latinas desviaron de las paganas o fueron una creación original. Lo que interesa a nuestro objeto es saber que en todo momento fué el Templo la obra más perfecta y lujosa que podían trazar los Arquitectos, y que servían de norma para los otros edificios, o aprovechaban los hallazgos constructivos hechos en éstos, como fué en el Imperio Romano, don-

de la Arquitectura religiosa no sobresalía tanto como en otros países y otros tiempos, el magnífico Templo de Venus y Roma.

De este modo, nos encontramos con un repertorio de soluciones, que son, además, lo mejor de cada época. Tenemos resueltos todos los problemas de la Arquitectura religiosa.

La Arquitectura moderna es diferente. En ella ocupa un lugar poco importante el Templo. Los que dirigen el movimiento son los edificios burocráticos, los comerciales e industriales, los teatros, los cines, escuelas y laboratorios y, sobre todo ahora, la vivienda. Se quieren resolver problemas materiales de un modo puramente racional, pero limitando la razón a lo puramente mecánico y matemático. «Hay más cosas en el cielo y en la tierra de las que conoce nuestra filosofía», decía Hamlet a Horacio. La limitación moderna del concepto de razón, ha llevado a nuestro filósofo D. Eugenio D'Ors a proponer que se sustituya éste por el de inteligencia, concepto más amplio en el que caben otras cosas. Entre nosotros, la pura razón, tan estrecha ya por ser la de cada Arquitecto pretendiendo resolver los problemas por sí como un Robinson en su isla desierta, y más aún por ese concepto moderno, cae en fallo monstruoso de orden práctico al boryarse en un solo sentido elegido por él, como ha de suceder inevitablemente. Sólo la tradición puede servir de apoyo para razonar y para resolver mejor, en lo que sea posible, los problemas que ya han sido resueltos, de un modo más o menos completo, pues en la arquitectura de Templos, como queda dicho, no es fácil encontrar ejemplos que cumplan las condiciones litúrgicas por completo. Creo haber dejado ya demostrado que el problema de hacer una Iglesia es lo bastante difícil para que merezca nuestra mejor atención, y que no debemos hacer nunca frivolidad una copia de cualquier Iglesia barroca que nos guste, como ha ocurrido ya muchas veces en estos tiempos, y creo también que el otro extremo, el de tratar de resolverlo todo con la pura razón, tratando de crear «de la nada», también ha sido señalado.

Es malo también el individualismo que conduce a que el Arquitecto, creyendo tener en sus manos el tema más sencillo y libre de nuestra profesión, se crea en libertad de expresar allí sus sentimientos personales y nostalgias infantiles: esa iglesita del pueblo donde veraneaba de niño, esos sueños sobre una inmensa Catedral, en la adolescencia. La obra de Gandí parece el resultado de ese individualismo sentimental y romántico, que nada tiene que ver con la majestad de la liturgia. Nada son los



gustos íntimos personales ante la grandeza del «*Terribilis est locus iste*» o del «*Dómine, dilexi de córem domus tuae, et locum habitationis gloriæ tuæ*».

Más común en estos tiempos es que el sentimentalismo derive a la ironía, que en Arquitectura es la caricatura de lo que se quiere recordar, como esas líneas verticales, tales como no las tuvo ninguna Iglesia gótica, en la Iglesia Conmemorativa de Copenhague, o esa masa apaisada tan aplastante como no se vió en la Antigua Roma, que hay en la Iglesia de Cristo—Rey en Roma, o la exageración de los símbolos—, como ya se ha hecho en más de una Iglesia moderna, cuya fachada tiene la forma de una cruz gigantesca, fuera de toda relación con lo humano.

Y por fin, el último peligro es la tentación de emplear medios y materiales modernos, por el mérito de ser modernos, como son los tableros contrachapados pintados al duco, aceros cromados, vidrios prensados, y otros que son productos no de la necesidad, en general, sino del lujo de mal gusto impuesto por pueblos de nuevos ricos y que, o son perecederos, tanto como la civilización que los ha creado, o lo parecen. Nada tiene que ver con la construcción de una Iglesia, que debe tender, y eso tan claro lo dicen las normas litúrgicas, a ser para siempre.